

Brecha psicológica

[Sir Ian Forbes](#)

Ni tecnología ni dinero: el principal obstáculo para la transformación militar de la OTAN es psicológico.

Para entender la actual revolución o transformación de lo militar, recuerden el segundo intento de EE UU de eliminar al ex presidente iraquí, Saddam Husein, el 7 de abril de 2003, cuando estaba en un restaurante de Bagdad. En 38 minutos, las tropas estadounidenses identificaron el blanco, enviaron la información correspondiente al alto mando, recibieron la orden de atacar y lanzaron una bomba que no alcanzó a Husein porque había escapado minutos antes, y todo ello en medio de la niebla de la guerra. En comparación con el primer conflicto del Golfo, EE UU, Gran Bretaña y los demás miembros de la coalición alcanzaron un objetivo más ambicioso en la mitad de tiempo, con un tercio de bajas y con un coste de sólo una cuarta parte. Un resultado que refleja la transformación de lo militar en el más puro estilo Rumsfeld, con todo lo que ello implica.

¿Qué tienen que ver estos resultados con el futuro de la OTAN? Todo. La verdad pura y dura es que, con su actual capacidad bélica, la Alianza no podría combatir al mismo nivel que los estadounidenses en Irak. La ex secretaria de Estado, Madeleine Albright, afirmó que, de haber ganado Al Gore las elecciones de 2000, Estados Unidos y la OTAN habrían emprendido juntos la guerra de Afganistán. Desde una perspectiva militar, esta afirmación es cuestionable. Las divergencias entre Washington y sus aliados en Europa y Canadá en lo referente a psicología o mentalidad militar corren el riesgo de agrandarse rápidamente. Para EE UU, la OTAN ha dejado de ser un instrumento al que recurrir en primera instancia, y no lo será hasta que Europa y Canadá no mejoren la calidad de sus medios y modifiquen su rumbo intelectual. Esta actitud no debería sorprender a nadie. Después de todo, las operaciones en Kosovo en 1999 cosecharon más críticas que alabanzas dentro de EE UU, donde muchos consideraron que Europa estaba imponiendo condiciones políticas a un uso eficaz de la fuerza. Desde un punto de vista militar, esta percepción es válida. En Kosovo, tras 11 semanas de bombardeos de la OTAN, el Ejército serbio estaba prácticamente intacto, mientras que en 2003 el general estadounidense Tommy Franks, ex comandante de las tropas en Irak, sólo necesitó una semana para desmantelar a la Guardia Republicana iraquí.

La situación actual está desequilibrada. El presupuesto de Defensa estadounidense para este año supera los 400.000 millones de dólares, a los que se añaden otros 87.000 millones destinados a las operaciones militares y a la reconstrucción de Irak y Afganistán. Esto supone que, con respecto a su PIB per cápita, Washington gasta en defensa entre un 50% y un 350% más que Canadá o que los países europeos de la OTAN. En estos últimos hay más de dos millones de hombres uniformados, frente a, aproximadamente, la mitad en Estados Unidos. Pero, en realidad, apenas 200.000 pueden ser desplegados inmediatamente. El nuevo contexto de seguridad —en el que la guerra requiere de las fuerzas aéreas, terrestres y marítimas, integración, simultaneidad en el ataque, capacidad para exponerse a peligros y confianza mutua— exige de los miembros europeos de la OTAN unas reformas que avanzan con demasiada lentitud para ser eficaces.



El síndrome de fatiga crónica de la OTAN

Aún más preocupante que esa divergencia tecnológica y presupuestaria en la capacidad militar de Europa y EE UU resulta el creciente desequilibrio intelectual entre los pensadores militares estadounidenses y sus aliados en la OTAN. Los estadounidenses y los europeos empiezan a hablar lenguajes militares diferentes, y esta disparidad puede afectar a las ideas, la visión, el pensamiento estratégico y a las políticas que de ellos emanan. En su libro *Poder y debilidad: Estados Unidos y Europa en el nuevo orden mundial*, Robert Kagan describe las diferentes formas de abordar la cuestión de la seguridad en Estados Unidos y en Europa, y la existencia de una creciente distancia entre ambos en la medida en que el

enfoque de Estados Unidos se basa en el poder duro (hard power) y el de Europa y Canadá en el poder blando (soft power).

Esta brecha transatlántica ya quedó patente durante la etapa bélica de las operaciones en Afganistán e Irak, y hoy se ha hecho aún más nítida a raíz del proceso de pacificación en ambos países. La niebla de la paz es tan compleja como la producida por la guerra. Según la óptica estadounidense, es necesario acabar con la oposición militar organizada en Irak. Sin embargo, llevar a cabo operaciones de contrainsurgencia, estabilización y, en general, de mantenimiento de la paz exige una perspectiva diferente en la que el éxito no viene determinado por el hecho de poseer una fuerza aplastante, sino por la interacción humana. Los dirigentes militares europeos son más proclives a un modelo de mantenimiento de la paz similar al de la ONU, en el que la interacción humana es la fuerza fundamental. Los resultados conseguidos en Bosnia, Kosovo y Afganistán hacen que la aportación de Europa y Canadá al debate sobre el mantenimiento de la paz sea fundamental. Superar ese desequilibrio psicológico que amenaza la modernización de la OTAN exigirá que el enfoque de los conflictos por parte de Estados Unidos trascienda la fase del enfrentamiento armado, es decir, la capacidad de ganar la paz, además de la guerra. Al mismo tiempo, el pensamiento estratégico europeo debe desplazarse de las operaciones estáticas hacia las expedicionarias, lo que implica pasar de tener tropas sobre el terreno a ser capaz de desplegarlas con rapidez, a distancia y con confianza y comunicación totales entre los mandos de tierra, mar y aire, de modo que sea posible aplicar la fuerza en el lugar adecuado y el momento preciso. La potente maquinaria expedicionaria estadounidense ha quedado patente en la operación en Irak, pero aún no se ha desarrollado en las Fuerzas Armadas europeas. Europa debe adoptar capacidades propias de la era de la información para poder desplazar a sus fuerzas mejor y más rápidamente; debe analizar nuevas ideas, como el Blue Force Tracker estadounidense, un sistema digital de seguimiento que permite a los mandos monitorizar las fuerzas aliadas y compartir información.

Igualmente, la OTAN debe aplicar la filosofía de la guerra de efectos, una doctrina basada en una estrecha interacción de los medios diplomáticos, económicos y militares. Ésta es la óptica necesaria para volver a alinear el pensamiento en materia de seguridad entre ambos lados del Atlántico. Pero, aunque los países de la OTAN están en el camino correcto, aún queda mucho por hacer.

Ni tecnología ni dinero: el principal obstáculo para la transformación

militar de la OTAN es psicológico. [Sir Ian Forbes](#)

Para entender la actual revolución o transformación de lo militar, recuerden el segundo intento de EE UU de eliminar al ex presidente iraquí, Saddam Husein, el 7 de abril de 2003, cuando estaba en un restaurante de Bagdad. En 38 minutos, las tropas estadounidenses identificaron el blanco, enviaron la información correspondiente al alto mando, recibieron la orden de atacar y lanzaron una bomba que no alcanzó a Husein porque había escapado minutos antes, y todo ello en medio de la niebla de la guerra. En comparación con el primer conflicto del Golfo, EE UU, Gran Bretaña y los demás miembros de la coalición alcanzaron un objetivo más ambicioso en la mitad de tiempo, con un tercio de bajas y con un coste de sólo una cuarta parte. Un resultado que refleja la transformación de lo militar en el más puro estilo Rumsfeld, con todo lo que ello implica.

¿Qué tienen que ver estos resultados con el futuro de la OTAN? Todo. La verdad pura y dura es que, con su actual capacidad bélica, la Alianza no podría combatir al mismo nivel que los estadounidenses en Irak. La ex secretaria de Estado, Madeleine Albright, afirmó que, de haber ganado Al Gore las elecciones de 2000, Estados Unidos y la OTAN habrían emprendido juntos la guerra de Afganistán. Desde una perspectiva militar, esta afirmación es cuestionable. Las divergencias entre Washington y sus aliados en Europa y Canadá en lo referente a psicología o mentalidad militar corren el riesgo de agrandarse rápidamente. Para EE UU, la OTAN ha dejado de ser un instrumento al que recurrir en primera instancia, y no lo será hasta que Europa y Canadá no mejoren la calidad de sus medios y modifiquen su rumbo intelectual. Esta actitud no debería sorprender a nadie. Después de todo, las operaciones en Kosovo en 1999 cosecharon más críticas que alabanzas dentro de EE UU, donde muchos consideraron que Europa estaba imponiendo condiciones políticas a un uso eficaz de la fuerza. Desde un punto de vista militar, esta percepción es válida. En Kosovo, tras 11 semanas de bombardeos de la OTAN, el Ejército serbio estaba prácticamente intacto, mientras que en 2003 el general estadounidense Tommy Franks, ex comandante de las tropas en Irak, sólo necesitó una semana para desmantelar a la Guardia Republicana iraquí.

La situación actual está desequilibrada. El presupuesto de Defensa estadounidense para este año supera los 400.000 millones de dólares, a los que se añaden otros 87.000 millones destinados a las operaciones militares y a la reconstrucción de Irak y Afganistán. Esto supone que, con respecto a su PIB per cápita, Washington

gasta en defensa entre un 50% y un 350% más que Canadá o que los países europeos de la OTAN. En estos últimos hay más de dos millones de hombres uniformados, frente a, aproximadamente, la mitad en Estados Unidos. Pero, en realidad, apenas 200.000 pueden ser desplegados inmediatamente. El nuevo contexto de seguridad —en el que la guerra requiere de las fuerzas aéreas, terrestres y marítimas, integración, simultaneidad en el ataque, capacidad para exponerse a peligros y confianza mutua— exige de los miembros europeos de la OTAN unas reformas que avanzan con demasiada lentitud para ser eficaces.



El síndrome de fatiga crónica de la OTAN

Aún más preocupante que esa divergencia tecnológica y presupuestaria en la capacidad militar de Europa y EE UU resulta el creciente desequilibrio intelectual entre los pensadores militares estadounidenses y sus aliados en la OTAN. Los estadounidenses y los europeos empiezan a hablar lenguajes militares diferentes, y esta disparidad puede afectar a las ideas, la visión, el pensamiento estratégico y a las políticas que de ellos emanan. En su libro *Poder y debilidad: Estados Unidos y Europa en el nuevo orden mundial*, Robert Kagan describe las diferentes formas de abordar la cuestión de la seguridad en Estados Unidos y en Europa, y la existencia de una creciente distancia entre ambos en la medida en que el enfoque de Estados Unidos se basa en el poder duro (hard power) y el de Europa y Canadá en el poder blando (soft power).

Esta brecha transatlántica ya quedó patente durante la etapa bélica de las

operaciones en Afganistán e Irak, y hoy se ha hecho aún más nítida a raíz del proceso de pacificación en ambos países. La niebla de la paz es tan compleja como la producida por la guerra. Según la óptica estadounidense, es necesario acabar con la oposición militar organizada en Irak. Sin embargo, llevar a cabo operaciones de contrainsurgencia, estabilización y, en general, de mantenimiento de la paz exige una perspectiva diferente en la que el éxito no viene determinado por el hecho de poseer una fuerza aplastante, sino por la interacción humana. Los dirigentes militares europeos son más proclives a un modelo de mantenimiento de la paz similar al de la ONU, en el que la interacción humana es la fuerza fundamental. Los resultados conseguidos en Bosnia, Kosovo y Afganistán hacen que la aportación de Europa y Canadá al debate sobre el mantenimiento de la paz sea fundamental. Superar ese desequilibrio psicológico que amenaza la modernización de la OTAN exigirá que el enfoque de los conflictos por parte de Estados Unidos trascienda la fase del enfrentamiento armado, es decir, la capacidad de ganar la paz, además de la guerra. Al mismo tiempo, el pensamiento estratégico europeo debe desplazarse de las operaciones estáticas hacia las expedicionarias, lo que implica pasar de tener tropas sobre el terreno a ser capaz de desplegarlas con rapidez, a distancia y con confianza y comunicación totales entre los mandos de tierra, mar y aire, de modo que sea posible aplicar la fuerza en el lugar adecuado y el momento preciso. La potente maquinaria expedicionaria estadounidense ha quedado patente en la operación en Irak, pero aún no se ha desarrollado en las Fuerzas Armadas europeas. Europa debe adoptar capacidades propias de la era de la información para poder desplazar a sus fuerzas mejor y más rápidamente; debe analizar nuevas ideas, como el Blue Force Tracker estadounidense, un sistema digital de seguimiento que permite a los mandos monitorizar las fuerzas aliadas y compartir información.

Igualmente, la OTAN debe aplicar la filosofía de la guerra de efectos, una doctrina basada en una estrecha interacción de los medios diplomáticos, económicos y militares. Ésta es la óptica necesaria para volver a alinear el pensamiento en materia de seguridad entre ambos lados del Atlántico. Pero, aunque los países de la OTAN están en el camino correcto, aún queda mucho por hacer.

Sir Ian Forbes es almirante de la Armada británica y comandante supremo adjunto para Transformación de la OTAN.

Fecha de creación
12 septiembre, 2007